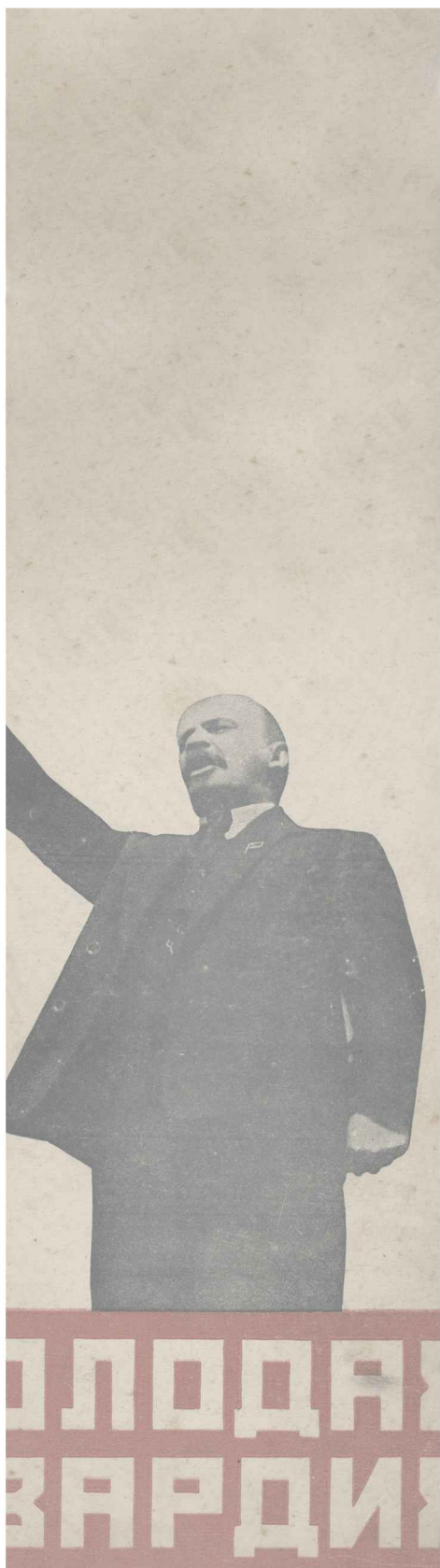


VLADIMIR I. LENIN

Las tareas del
proletariado en
nuestra revolución



La presente edición ha sido preparada partiendo del sexto tomo de las «Obras escogidas» de V. I. Lenin, publicadas en castellano por la Editorial Progreso de la U.R.S.S. en 1979.

Se ha preservado la numeración original, añadiendo una nueva en la parte inferior de las páginas, correspondiente a esta maquetación.

No se han realizado modificaciones a los textos originales, salvo su división en obras independientes.

Digitalizado por los Colectivos de Jóvenes Comunistas - CJC

2022



LAS TAREAS DEL PROLETARIADO EN NUESTRA REVOLUCION

(PROYECTO DE PLATAFORMA DEL PARTIDO PROLETARIO) ¹³¹

El momento histórico que vive Rusia se caracteriza por los siguientes rasgos fundamentales:

CARACTER DE CLASE DE LA REVOLUCION REALIZADA

1. El viejo poder zarista, que sólo representaba a un puñado de terratenientes feudales, dueños de toda la máquina del Estado (ejército, policía, burocracia), ha sido destruido, suprimido, pero no rematado. La monarquía no está formalmente aniquilada. La banda de los Románov continúa urdiendo intrigas monárquicas. Las gigantescas posesiones de los terratenientes feudales no han sido liquidadas.

2. El poder del Estado ha pasado en Rusia a manos de una nueva *clase*: la clase de la burguesía y de los terratenientes aburguesados. *En esa medida*, la revolución democrática burguesa en Rusia está terminada.

La burguesía instaurada en el poder ha formado un bloque (una alianza) con elementos manifiestamente monárquicos, que se distinguieron de 1906 a 1914 por el apoyo, celoso en extremo, prestado a Nicolás el Sanguinario y a Stolypin el Verdugo (Guchkov y otros políticos, más derechistas que los demócratas-constitucionalistas). El nuevo gobierno burgués de Lvov y Cía. ha intentado e iniciado

negociaciones con los Románov para restaurar la monarquía en Rusia. Encubriéndose con una fraseología revolucionaria, este gobierno entrega los puestos dirigentes a los partidarios del antiguo régimen. Se esfuerza por reformar lo menos posible todo el aparato del Estado (ejército, policía, burocracia), poniéndolo en manos de la burguesía. El nuevo gobierno ha empezado ya a impedir por todos los medios la iniciativa revolucionaria de las acciones de masas y la toma del poder por el pueblo *desde abajo*, *única* garantía de los verdaderos éxitos de la revolución.

Hasta hoy, este gobierno no ha señalado siquiera el plazo de convocatoria de la Asamblea Constituyente. Deja intacta la propiedad terrateniente del suelo, base material del zarismo feudal. Este gobierno no piensa siquiera en investigar, hacer públicos y controlar los manejos de las organizaciones financieras monopolistas, de los grandes bancos, de los consorcios y cárteles capitalistas, etc.

Las carteras más importantes y decisivas del nuevo gobierno (los ministerios del Interior y de la Guerra, es decir, el mando del ejército, de la policía y de la burocracia, de todo el aparato destinado a oprimir a las masas) se hallan en manos de monárquicos notorios y de partidarios reconocidos de la gran propiedad terrateniente. A los demócratas-constitucionalistas, republicanos de la última hornada, republicanos bien a pesar suyo, se les han concedido puestos secundarios, que no tienen relación directa ni con el *mando* del pueblo ni con el aparato de poder del Estado. A Kerenski, representante de los trudoviques y "también-socialista", no desempeña más papel que el de adormecer con frases sonoras la vigilancia y la atención del pueblo.

Por todas estas razones, el nuevo gobierno burgués no merece, ni aun en el campo de la política interior, ninguna confianza del proletariado, y es inadmisibile que éste le preste el menor apoyo.

LA POLITICA EXTERIOR DEL NUEVO GOBIERNO

3. En el campo de la política exterior, que las circunstancias objetivas colocan hoy en primer plano, el nuevo gobierno es un gobierno de continuación de la guerra impe-

rialista, de una guerra en alianza con las potencias imperialistas, con Inglaterra, Francia, etc., por el reparto del botín capitalista y por la estrangulación de los pueblos pequeños y débiles.

A pesar de los deseos expresados con la mayor claridad a través del Soviet de diputados soldados y obreros en nombre de la mayoría indudable de los pueblos de Rusia, el nuevo gobierno —subordinado a los intereses del capital ruso y a los de su poderoso amo y protector, el capital imperialista anglo-francés, el más rico del mundo— no ha dado ningún paso efectivo para poner fin a esa matanza de pueblos, organizada en interés de los capitalistas. Ni siquiera ha hecho públicos los tratados secretos, manifiestamente rapaces (sobre el reparto de Persia, el saqueo de China, el saqueo de Turquía, el reparto de Austria, la anexión de la Prusia Oriental, la anexión de las colonias alemanas, etc.), que encadenan a Rusia, sin duda alguna, al rapaz capital imperialista anglo-francés. *Ha refrendado* esos tratados concertados por el zarismo, que en el transcurso de varios siglos ha expoliado y oprimido a más pueblos que los demás déspotas y tiranos; por el zarismo, que no sólo oprimía al pueblo ruso, sino que lo deshonoraba y corrompía, convirtiéndolo en verdugo de otros pueblos.

El nuevo gobierno, que ha refrendado esos tratados rapaces y bochornosos, no ha propuesto a todos los pueblos beligerantes un armisticio inmediato, a pesar de haberlo exigido claramente la mayoría de los pueblos de Rusia a través de los Soviets de diputados obreros y soldados. El gobierno se ha limitado a simples declaraciones y frases solemnes, sonoras y pomposas, pero completamente huecas, que en boca de los diplomáticos burgueses han servido y sirven siempre para engañar a las masas ingenuas y crédulas del pueblo esclavizado.

4. Por ello, el nuevo gobierno no sólo no merece la más mínima confianza en su política exterior, sino que seguir exigiéndole que proclame los deseos de paz de los pueblos de Rusia, que renuncie a las anexiones, etc., etc., significa, en realidad, engañar al pueblo, hacerle concebir esperanzas irrealizables, retrasar el esclarecimiento de su conciencia; significa contribuir indirectamente a conciliar al pueblo con la continuación de la guerra, cuyo verdadero carácter

social no está determinado por las buenas intenciones, sino por el carácter de clase del gobierno que la hace, por los nexos que ligan a la clase representada por ese gobierno con el capital financiero imperialista de Rusia, Inglaterra, Francia, etc., *por la política real y efectiva* que esa clase sigue.

LA ORIGINAL DUALIDAD DE PODERES Y SU SIGNIFICACION DE CLASE

5. La peculiaridad esencial de nuestra revolución, la que más imperiosamente requiere una atención reflexiva, es la *dualidad de poderes* surgida ya en los primeros días que siguieron al triunfo de la revolución.

Esta dualidad de poderes se manifiesta en la existencia de *dos* gobiernos: el gobierno principal, auténtico y efectivo de la burguesía, el "Gobierno Provisional" de Lvov y Cía., que tiene en sus manos todos los órganos del poder, y un gobierno suplementario, accesorio, de "control", encarnado en el Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, que no dispone de los órganos de poder del Estado, pero que se apoya directamente en la indudable mayoría absoluta del pueblo, en los obreros y soldados armados.

El origen y la significación de clase de esta dualidad de poderes residen en que la revolución rusa de marzo de 1917, además de barrer toda la monarquía zarista y entregar todo el poder a la burguesía, *se acercó de lleno* a la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos. Precisamente esa dictadura (es decir, un poder que no se basa en la ley, sino en la fuerza directa de las masas armadas de la población), y precisamente de las clases mencionadas, son el Soviet de Petrogrado y los Soviets locales de diputados obreros y soldados.

6. Otra peculiaridad importantísima de la revolución rusa consiste en que el Soviet de diputados soldados y obreros de Petrogrado, el cual goza, según todos los indicios, de la confianza de la mayoría de los Soviets locales, entrega *voluntariamente* el poder del Estado a la burguesía y a su Gobierno Provisional, le *cede* voluntariamente la primacía

suscribiendo con él el compromiso de apoyarle, y se contenta con el papel de observador, de fiscalizador de la convocatoria de la Asamblea Constituyente (hasta hoy, el Gobierno Provisional no ha señalado siquiera el plazo de su convocatoria).

Esta circunstancia extraordinariamente original, que la historia no había conocido bajo semejante forma, *ha entrelazado, formando un todo, dos dictaduras*: la dictadura de la burguesía (pues el gobierno de Lvov y Cía. es una dictadura, es decir, un poder que no se apoya en la ley ni en la voluntad previamente expresada del pueblo, sino que ha sido tomado por la fuerza y, además, por una clase determinada, la burguesía) y la dictadura del proletariado y de los campesinos (el Soviet de diputados obreros y soldados).

No cabe la menor duda de que ese "entrelazamiento" *no está en condiciones* de sostenerse mucho tiempo. En un Estado *no pueden existir* dos poderes. Uno de ellos tiene que reducirse a la nada, y toda la burguesía de Rusia labora ya con todas sus fuerzas, por doquier y por todos los medios, para eliminar, debilitar y reducir a la nada los Soviets de diputados obreros y soldados, para crear el poder único de la burguesía.

La dualidad de poderes no expresa más que un momento *transitorio* en el curso de la revolución, el momento en que ésta ha rebasado ya los cauces de la revolución democrática burguesa corriente, *pero no ha llegado todavía* al tipo "puro" de dictadura del proletariado y de los campesinos.

La significación de clase (y la explicación de clase) de esta situación transitoria e inestable consiste en lo siguiente: nuestra revolución, como todas las revoluciones, ha requerido de las masas el mayor heroísmo, los más grandes sacrificios en la lucha contra el zarismo, y *ha arrastrado al movimiento*, de golpe, a un número inmenso de pequeños burgueses.

Una de las principales características científicas y político-prácticas de *toda* verdadera revolución consiste en que engrosa de un modo increíblemente rápido, brusco, súbito el número de los "hombres de la calle" que empiezan a tomar parte activa, independiente y efectiva en la vida política, en la *organización del Estado*.

En Rusia sucede lo mismo. Rusia está hoy en ebullición. Millones y decenas de millones de hombres que se habían

pasado diez años aletargados políticamente, en quienes el espantoso yugo del zarismo y los trabajos forzados al servicio de los terratenientes y de los fabricantes habían matado toda sensibilidad política, *han despertado y comenzado a incorporarse* a la vida política. ¿Y quiénes son esos millones y decenas de millones de hombres? Son, en su mayoría, pequeños propietarios, pequeños burgueses, gentes que ocupan un lugar intermedio entre los capitalistas y los obreros asalariados. Rusia es el país más pequeñoburgués de toda Europa.

Esta gigantesca ola pequeñoburguesa lo ha inundado todo, ha arrollado al proletariado consciente no sólo por la fuerza del número, sino también ideológicamente; es decir, ha arrastrado y contaminado con sus concepciones pequeñoburguesas de la política a grandes sectores de la clase obrera.

En la vida real, la pequeña burguesía depende de la burguesía: su vida es (por el *lugar* que ocupa en la *producción* social) la del propietario, no la del proletario, y en su forma de pensar sigue a la burguesía.

Una actitud de confianza inconsciente hacia los capitalistas, los peores enemigos de la paz y del socialismo: eso es lo que caracteriza la política actual de las *masas* en Rusia, ése es el fenómeno que *ha brotado* con rapidez revolucionaria en el terreno económico-social del país más pequeñoburgués de Europa. Tal es el cimiento de *clase* sobre el que descansa el "acuerdo" (insisto en que, al decir esto, no me refiero tanto al acuerdo formal como al apoyo *efectivo*, al acuerdo tácito, a la cesión inconsciente y confiada del poder) entre el Gobierno Provisional y el Soviet de diputados obreros y soldados, acuerdo que ha proporcionado a los Guchkov una buena tajada, el verdadero poder, mientras que al Soviet no le ha dado más que promesas, honores (hasta cierto momento), adulaciones, frases, seguridades y reverencias por parte de los Kerenski.

La debilidad numérica del proletariado en Rusia, su insuficiente grado de conciencia y de organización: he ahí el reverso de la misma medalla.

Todos los partidos populistas, incluyendo a los eseristas, han sido siempre pequeñoburgueses, lo mismo que el partido del Comité de Organización (Chjeídze, Tsereteli, etc.);

los revolucionarios sin partido (Steklov y otros) se han dejado también arrastrar por la ola o no se han impuesto a ella, no han tenido tiempo de imponerse.

PECULIARIDAD DE LA TACTICA QUE SE DERIVA DE LO EXPUESTO

7. De la peculiaridad de la situación real, tal como queda expuesta, se desprende obligatoriamente para el marxista —que debe tener en cuenta los hechos objetivos, las masas y las clases, y no los individuos, etc.— la peculiaridad de la táctica del momento *presente*.

Esta peculiaridad destaca a primer plano la necesidad de “echar vinagre y bilis en el jarabe de las frases democrático-revolucionarias” (para decirlo con la felicísima frase empleada por Teodoróvich, un camarada mío del Comité Central de nuestro partido, en la sesión de ayer del Congreso de empleados y obreros ferroviarios de toda Rusia, que se está celebrando en Petrogrado¹³²). Es necesaria, por tanto, una labor de crítica y *esclarecimiento* de los errores de los partidos pequeñoburgueses —el eserista y el socialdemócrata—, una labor de preparación y cohesión de los elementos del partido proletario consciente, del Partido Comunista, una labor de *liberación* del proletariado de la embriaguez pequeñoburguesa “general”.

Aparentemente, esto “no es más” que una labor de mera propaganda. Pero, en realidad, es la labor *revolucionaria más práctica*, pues es imposible impulsar una revolución que se ha estancado, que se ahoga entre frases y se dedica a “marcar el paso sin moverse del sitio”, *no por* obstáculos exteriores, *no porque* la burguesía *emplee contra ella la violencia* (por el momento, Guchkov sólo amenaza con emplear la violencia contra la masa de soldados), sino *por* la inconsciencia confiada de las masas.

Sólo luchando contra esa inconsciencia confiada (lucha que puede y debe librarse únicamente con las armas ideológicas, por la persuasión amistosa, invocando la *experiencia de la vida*), podremos desembarazarnos del *desenfreno de frases revolucionarias* imperante e impulsar de verdad

tanto la conciencia del proletariado como la conciencia de las masas, la iniciativa *local*, audaz y resuelta, de las mismas y fomentar la realización, desarrollo y consolidación no autorizados de las libertades, de la democracia, del principio de posesión de toda la tierra por la totalidad del pueblo.

8. La experiencia de los gobiernos burgueses y terratenientes del mundo entero ha creado *dos* métodos para mantener la esclavización del pueblo. El primero es la violencia. Nicolás Románov I (Nicolás el Garrote) y Nicolás II (el Sanguinario) enseñaron al pueblo ruso todo lo posible e imposible en este método de verdugo. Pero hay, además, otro método, que han elaborado mejor que nadie las burguesías inglesa y francesa, "aleccionadas" por una serie de grandes revoluciones y movimientos revolucionarios de masas. Es el método del engaño, de la adulación, de las frases, de las promesas sin fin, de las míseras limosnas, de las concesiones en las cosas insignificantes para conservar lo esencial.

La peculiaridad de la situación actual en Rusia estriba en el tránsito vertiginosamente rápido del primer método al segundo, del método de la violencia contra el pueblo al método de las *adulaciones* y del engaño del pueblo con promesas. Como el gato de la fábula, Miliukov y Guchkov escuchan y hacen lo que les parece. Detentan el poder, protegen las ganancias del capital, hacen la guerra imperialista en interés del capital ruso y anglo-francés y se limitan a contestar con promesas, declamaciones y declaraciones efectistas a los discursos de tales "amos del gato" como Chjeídze, Tsereteli y Steklov, que amenazan, apelan a la conciencia, conjuran, imploran, exigen, proclaman ... El gato escucha y sigue haciendo lo que le parece.

Pero cada día que pase, la inconsciencia confiada y la confianza inconsciente irán desapareciendo, sobre todo entre los proletarios y los campesinos *pobres*, a quienes la vida (su situación económico-social) enseña a no confiar en los capitalistas.

Los líderes de la pequeña burguesía "tienen" que enseñar al pueblo a confiar en la burguesía. Los proletarios tienen que enseñarle a desconfiar de ella.

EL DEFENSISMO REVOLUCIONARIO Y SU SIGNIFICACION DE CLASE

9. El fenómeno más importante y destacado de la ola pequeñoburguesa que lo ha inundado “casi todo” es el *defensismo revolucionario*. Es éste, precisamente, el peor enemigo del desarrollo y del triunfo de la revolución rusa.

Quien haya cedido en este punto y no haya sabido sobreponerse, está perdido para la revolución. Pero las masas ceden de otro modo que los líderes y se sobreponen de *otro modo*, por otro procedimiento, por otro proceso de desarrollo.

El defensismo revolucionario es, de una parte, fruto del engaño de las masas por la burguesía, fruto de la confiada inconsciencia de los campesinos y de un sector de los obreros, y, de otra parte, expresión de los intereses y del punto de vista del pequeño propietario, interesado hasta cierto punto en las anexiones y ganancias bancarias y que conserva “religiosamente” las tradiciones del zarismo, el cual corrompía a los rusos convirtiéndolos en verdugos de otros pueblos.

La burguesía engaña al pueblo especulando con el noble orgullo de éste por la revolución y presenta las cosas como si el carácter *político-social* de la guerra hubiese cambiado, por lo que a Rusia se refiere, a consecuencia de esta etapa de la revolución, de la sustitución de la monarquía de los zares por la casi república de Guchkov y Miliukov. Y el pueblo lo ha creído —hasta cierto tiempo—, gracias, sobre todo, a los viejos prejuicios que le hacían ver en cualquier pueblo de Rusia que no fuera el ruso una especie de propiedad o feudo de éste. La infame corrupción del pueblo ruso por el zarismo, que lo habituó a ver en los demás pueblos algo inferior, algo que pertenecía “por derecho propio” a Rusia, no podía borrarse *de golpe*.

Debemos *saber* explicar a las masas que el carácter político-social de la guerra no se determina por la “buena voluntad” de personas, de grupos ni aun de pueblos enteros, sino por la situación de la *clase* que hace la guerra; por la *política* de esta clase, que tiene su continuación en la guerra; por los *vínculos* del capital, como fuerza económica dominante de la sociedad moderna; por el *carácter imperialista* del

capital internacional; por el vasallaje financiero, bancario y diplomático de Rusia respecto de Inglaterra y Francia, etc. *No es fácil* exponer hábilmente todo esto, de modo que lo entiendan las masas. Ninguno de nosotros sería capaz de hacerlo de buenas a primeras sin incurrir en errores.

Sin embargo, la orientación, o mejor dicho, el contenido de nuestra propaganda tiene que ser así y sólo así. La más insignificante concesión al defensismo revolucionario es una *traición al socialismo*, una renuncia total al *internacionalismo*, por muy bellas que sean las frases y muy “prácticas” las razones con que se justifique.

La consigna de “¡Abajo la guerra!” es, naturalmente, justa, pero no tiene en cuenta la peculiaridad de las tareas del momento, la necesidad de *cambiar la actitud* ante las grandes masas. Recuerda, a mi parecer, la consigna de “¡Abajo el zar!”, con que los desmañados agitadores de los “buenos tiempos pasados” se lanzaban al campo, sin pararse a pensar, para volver... cargados de golpes. La masa de partidarios del defensismo revolucionario obra *de buena fe*, no en un sentido personal, sino en un sentido de clase, es decir, pertenece a unas *clases* (obreros y campesinos pobres) que *realmente* no tienen nada que ganar con las anexiones ni con la estrangulación de otros pueblos. Es distinta de los burgueses y los señores “intelectuales”, quienes saben muy bien que *es imposible* renunciar a las anexiones sin renunciar a la hegemonía del capital, y que engañan vilmente a las masas con bellas frases y promesas sin cuenta ni tasa.

La masa de partidarios del defensismo ve las cosas de un modo simple, pequeñoburgués: “No quiero anexiones, pero los alemanes “arremeten” contra *mí* y, por tanto, defiendo una causa justa y no unos intereses imperialistas”. A hombres de este tipo hay que explicarles sin cesar que no se trata de sus deseos personales, sino de las relaciones y condiciones políticas, de masas, de *clases*, del entronque de la guerra con los intereses del capital y con la red internacional de bancos, etc. Ese es el único modo serio de luchar contra el defensismo, el único que nos promete el éxito, lento tal vez, pero seguro y duradero.

¿COMO SE PUEDE PONER FIN A LA GUERRA?

10. A la guerra no se le puede poner fin por "deseo propio". No se le puede poner fin por decisión de una sola de las partes. No se le puede poner fin "clavando la bayoneta en la tierra", según la frase de un soldado defensista.

A la guerra no se le puede poner fin mediante un "acuerdo" entre los socialistas de diferentes países, por medio de una "acción" de los proletarios de todos los países, por la "voluntad" de los pueblos, etc. Todas las frases de este tipo, que colman los artículos de los periódicos defensistas, semi-defensistas y semiinternacionalistas, así como las innumerables resoluciones, proclamas y manifiestos y las resoluciones del Soviet de diputados soldados y obreros, no son más que bondadosos, inofensivos y vacuos deseos de pequeños burgueses. No hay nada más nocivo que esas frases en torno a la "expresión de la voluntad de paz de los pueblos", el *turno* que han de seguir las acciones revolucionarias del proletariado (después del proletariado ruso, le "toca" al alemán), etc. Todo eso es actuar a lo Luis Blanc, son sueños melifluos; es jugar a las "campañas políticas", es, en realidad, repetir la fábula del gato.

La guerra no ha sido engendrada por la voluntad maligna de los bandidos capitalistas, aunque es indudable que se hace *sólo* en interés suyo y *sólo* a ellos enriquece. La guerra es el producto de medio siglo de desarrollo del capital mundial, de sus miles de millones de hilos y vínculos. *Es imposible* salir de la guerra imperialista, *es imposible* conseguir una paz democrática, una paz no impuesta por la violencia, sin derribar el poder del capital y sin que el poder del Estado pase a manos de *otra* clase, del proletariado.

Con la revolución rusa de febrero-marzo de 1917, la guerra imperialista comenzó a transformarse en guerra civil. Esta revolución ha dado el *primer* paso hacia el cese de la guerra. Pero *sólo* un *segundo* paso puede *asegurar* ese cese, a saber: el paso del poder del Estado a manos del proletariado. Eso será el comienzo de la "ruptura del frente" en todo el mundo, del frente de los intereses del capital; y *sólo* rompiendo *ese* frente, *puede* el proletariado redimir a la humanidad de los horrores de la guerra y asegurarle el bien de una paz duradera.

La revolución rusa, al crear los Soviets de diputados obreros, ha llevado *ya* al proletariado de Rusia hasta el umbral de esa "ruptura del frente" del capital.

EL NUEVO TIPO DE ESTADO QUE BROTA EN NUESTRA REVOLUCION

11. Los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., son incomprensidos no sólo en el sentido de que la mayoría no ve con claridad su significación de clase ni su papel en la revolución *rusa*; son incomprensidos también en el sentido de que representan una nueva forma, o más exactamente, un nuevo *tipo de Estado*.

El tipo más perfecto, más avanzado de Estado burgués es la *república democrática parlamentaria*. El poder pertenece al Parlamento; la máquina del Estado, el aparato y los órganos de gobierno son los usuales: ejército permanente, policía y una burocracia prácticamente inamovible, privilegiada y situada *por encima* del pueblo.

Pero desde finales del siglo XIX, las épocas revolucionarias hacen surgir un tipo *superior* de Estado democrático; un Estado que, en ciertos aspectos, deja ya de ser, según la expresión de Engels, un Estado, "no es ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra" ¹³³. Nos referimos al Estado del tipo de la Comuna de París, que *sustituye* el ejército y la policía, separados del pueblo, con el armamento directo e inmediato del pueblo. *En esto* reside la esencia de la Comuna, calumniada por los escritores burgueses, y a la que, entre otras cosas, atribuían erróneamente la intención de "implantar" en el acto el socialismo.

La revolución rusa *comenzó* a crear, primero en 1905, y luego en 1917, un Estado precisamente de ese tipo. La República de los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., congregados en la Asamblea Constituyente de los representantes del pueblo de toda Rusia, o en el Consejo de los Soviets, etc.: he ahí lo que *está encarnando ya en la vida* de nuestro país, ahora, en este momento, por iniciativa de un pueblo de millones y millones de hombres, que crea la democracia, sin previa autorización, *a su manera*,

sin esperar a que los señores profesores demócratas-constitucionalistas escriban sus proyectos de ley para crear una república parlamentaria burguesa, y sin esperar tampoco a que los pedantes y rutinarios de la "socialdemocracia" pequeñoburguesa, como los señores Plejánov o Kautsky, renuncien a sus tergiversaciones de la teoría marxista del Estado.

El marxismo se distingue del anarquismo en que reconoce la *necesidad* del Estado y del poder estatal durante el período revolucionario, en general, y en la época del tránsito del capitalismo al socialismo, en particular.

El marxismo se distingue del "socialdemocratismo" pequeñoburgués y oportunista de los señores Plejánov, Kautsky y Cía. en que el Estado que considera necesario para esos períodos *no* es un Estado como la república parlamentaria burguesa corriente, sino un Estado del tipo de la Comuna de París.

Las diferencias fundamentales entre este último tipo de Estado y el antiguo estriban en lo siguiente:

De la república parlamentaria burguesa es muy fácil volver a la monarquía (la historia lo demuestra), ya que queda intacta toda la máquina de opresión: el ejército, la policía y la burocracia. La Comuna y los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos, etc., *destruyen* y eliminan esa máquina.

La república parlamentaria burguesa dificulta y ahoga la vida política independiente de las *masas*, su participación directa en la edificación *democrática* de todo el Estado, de abajo arriba. Los Soviets de diputados obreros y soldados hacen lo contrario.

Los Soviets reproducen el tipo de Estado que iba formando la Comuna de París y que Marx calificó de "la forma política al fin descubierta *para llevar a cabo* dentro de ella la emancipación económica del trabajo" ¹³⁴.

Suele objetarse que el pueblo ruso no está preparado todavía para "implantar" la Comuna. Es el mismo argumento que empleaban los defensores del régimen de la servidumbre, cuando decían que los campesinos no estaban preparados aún para la libertad. La Comuna, es decir, los Soviets de diputados obreros y campesinos, no "implanta", no se propone "implantar" ni debe implantar *ninguna* transformación

que no esté ya perfectamente madura en la realidad económica y en la conciencia de la inmensa mayoría del pueblo. Cuanto mayores son la bancarrota económica y la crisis engendrada por la guerra, más apremiante es la necesidad de una forma política, lo más perfecta posible, que *facilite* la curación de las horrendas heridas causadas por la guerra a la humanidad. Y cuanto menos experiencia tenga el pueblo ruso en punto a organización, tanto más resueltamente habrá que *emprender* la labor de organización del *pueblo mismo* y no exclusivamente de los politiqueros burgueses y funcionarios con "puestecitos lucrativos".

Cuanto más rápidamente nos desembaracemos de los viejos prejuicios del seudomarxismo, del marxismo desnaturalizado por los señores Plejánov, Kautsky y Cía.; cuanto más celosamente ayudemos al pueblo a crear sin demora y por doquier Soviets de diputados obreros y campesinos, a que éstos se hagan cargo de *toda* la vida; cuanto más largas den los señores Lvov y Cía. a la convocatoria de la Asamblea Constituyente, más fácil resultará al pueblo pronunciarse a favor de la República de los Soviets de diputados obreros y campesinos (por medio de la Asamblea Constituyente o sin ella, si Lvov tarda mucho en convocarla). En esta nueva labor de organización del pueblo mismo serán inevitables al principio ciertos errores, pero es mejor equivocarse y avanzar que *esperar* a que los profesores y juristas reunidos por el señor Lvov escriban las leyes acerca de la convocatoria de la Asamblea Constituyente, de la perpetuación de la república parlamentaria burguesa y de la estrangulación de los Soviets de diputados obreros y campesinos.

Si nos organizamos y hacemos con habilidad nuestra propaganda, conseguiremos que no sólo los proletarios, sino nueve décimas partes de los campesinos estén contra la restauración de la policía, contra la burocracia inamovible y privilegiada y contra el ejército separado del pueblo. Y precisamente en eso, y sólo en eso, estriba el nuevo tipo de Estado.

12. La sustitución de la policía por la milicia del pueblo es una transformación que ha derivado de todo el proceso revolucionario y que se está realizando actualmente en la mayoría de los lugares de Rusia. Debemos explicar a las masas que, en la mayoría de las revoluciones burguesas de tipo corriente, esta transformación ha sido muy efímera y

que la burguesía, incluso la más democrática y republicana, ha restablecido la vieja policía de tipo zarista, separada del pueblo, colocada bajo las órdenes de los elementos burgueses y capaz de oprimir al pueblo por todos los medios.

Sólo hay un medio de *impedir* la restauración de la policía: crear una milicia popular y fusionarla con el ejército (sustitución del ejército permanente por el armamento de todo el pueblo). A esta milicia deberán pertenecer absolutamente todos los ciudadanos y ciudadanas, desde los quince hasta los sesenta y cinco años, edades que sólo tomamos a título de ejemplo para determinar la participación en ella de los adolescentes y ancianos. Los capitalistas deberán abonar a los obreros asalariados, criados, etc., el jornal de los días en que presten servicio social en la milicia. Sin incorporar a la mujer a la participación independiente tanto en la vida política en general como en el servicio social permanente que deben prestar todos los ciudadanos, es inútil hablar no sólo de socialismo, sino ni siquiera de una democracia completa y estable. Hay, además, funciones de "policía", como el cuidado de los enfermos y de los niños abandonados, la inspección de la alimentación, etc., que no pueden cumplirse satisfactoriamente sin conceder a la mujer plena igualdad de derechos no sólo en el papel, sino en la realidad.

Impedir el restablecimiento de la policía, incorporar las fuerzas organizadoras de todo el pueblo a la creación de una milicia que abarque a toda la población: tales son las tareas que el proletariado ha de llevar a las masas para proteger, consolidar y desarrollar la revolución.

EL PROGRAMA AGRARIO Y EL PROGRAMA NACIONAL

13. En los momentos actuales no podemos saber con precisión si se desarrollará en un futuro próximo una poderosa revolución agraria en el campo ruso. No podemos saber hasta dónde llega la división de clase del campesinado —acentuada indudablemente en los últimos tiempos— en braceros, obreros asalariados y campesinos pobres ("semiproletarios"),

de un lado, y campesinos ricos y medios (capitalistas y pequeños capitalistas), de otro. Sólo la experiencia puede dar, y dará, respuestas a estas interrogantes.

Pero como partido del proletariado, tenemos la obligación absoluta no sólo de presentar sin demora un programa agrario (un programa de la tierra), sino también de propugnar, *en interés* de la revolución agraria campesina en Rusia, diversas medidas prácticas de realización inmediata.

Debemos exigir la nacionalización de *todas* las tierras: es decir, que todas las tierras existentes en el país pasen a ser propiedad del poder central del Estado. Este poder deberá determinar las proporciones, etc., del fondo de tierras destinado a asentamientos, promulgar las leyes necesarias para la protección forestal, mejoramiento del suelo, etc., y prohibir en absoluto toda mediación entre el propietario de la tierra, es decir el Estado, y su arrendatario, o sea, el agricultor (prohibir todo subarriendo de la tierra). Mas el derecho a *disponer* de la tierra y a determinar todas las *condiciones locales* para su posesión y disfrute no debe encontrarse en modo alguno en manos de la burocracia, de los funcionarios, sino plena y exclusivamente en manos de los *Soviets de diputados campesinos* regionales y locales.

Para mejorar la técnica de la producción de cereales, aumentar las proporciones de ésta, desarrollar las grandes haciendas agrícolas racionales y efectuar el control social de las mismas debemos tender dentro de los comités de campesinos a transformar cada finca terrateniente confiscada en una gran hacienda modelo, bajo el control de los *Soviets de diputados braceros*.

En contraposición a las frases y la política pequeño-burguesas imperantes entre los eseristas, principalmente en su frívola charlatanería acerca de la norma de "consumo" o de "trabajo" ¹³⁵, de la "socialización de la tierra", etc., el partido del proletariado debe explicar que el sistema de la pequeña hacienda, existiendo la producción mercantil, *no está en condiciones* de liberar a la humanidad de la miseria de las masas ni de su opresión.

Sin escindir inmediata y obligatoriamente los Soviets de diputados campesinos, el partido del proletariado debe explicar la necesidad de organizar Soviets especiales de diputados braceros y Soviets especiales de diputados cam-

pesinos pobres (semiproletarios), o, por lo menos, asambleas especiales permanentes de los diputados de *estos sectores de clase*, como fracciones o partidos especiales dentro de los Soviets generales de diputados campesinos. De otro modo, todas esas melifluas frases pequeñoburguesas de los populistas acerca de los campesinos en general servirán para encubrir el engaño de las masas desposeídas por parte de los campesinos ricos, que no son otra cosa que una variedad de *capitalistas*.

Frente a las prédicas liberales burguesas o puramente burocráticas de muchos socialistas-revolucionarios y de diversos Soviets de diputados obreros y soldados, que aconsejan a los campesinos no apoderarse de las tierras de los terratenientes ni empezar las transformaciones agrarias hasta que se reúna la Asamblea Constituyente, el partido del proletariado debe exhortar a los campesinos a efectuar sin tardanza ni previa autorización las transformaciones agrarias y la confiscación inmediata de las tierras de los terratenientes por acuerdo de los diputados campesinos en cada lugar.

Tiene singular importancia, a este respecto, insistir en la necesidad de *aumentar* la producción de víveres para los soldados que se hallan en el frente y para las ciudades, haciendo ver que es absolutamente intolerable destruir o inferir daños al ganado, deteriorar los aperos, máquinas, edificios, etc.

14. En el problema nacional, el partido del proletariado debe defender, ante todo, la proclamación y realización inmediata de la plena libertad a separarse de Rusia para todas las naciones y minorías nacionales oprimidas por el zarismo, que han sido incorporadas por la fuerza o retenidas violentamente dentro de las fronteras del Estado, es decir, anexadas.

Todas las manifestaciones, declaraciones y proclamas renunciando a las anexiones, pero que no lleven aparejada la realización efectiva de la libertad de separación, no son más que un engaño burgués del pueblo o ingenuos deseos pequeñoburgueses.

El partido del proletariado aspira a crear un Estado lo más grande posible, ya que eso beneficia a los trabajadores; aspira al *acercamiento y la sucesiva fusión* de las naciones; mas no quiere alcanzar ese objetivo por la violencia, sino

exclusivamente por medio de una unión libre y fraternal de los obreros y las masas trabajadoras de todas las naciones.

Cuanto más democrática sea la República Rusa, cuanto mejor consiga organizarse como una República de los Soviets de diputados obreros y campesinos, tanto más poderosa será la fuerza de atracción *voluntaria* hacia esta república para las masas trabajadoras de *todas* las naciones.

Plena libertad de separación, la más amplia autonomía local (y nacional), garantías detalladas de los derechos de las minorías nacionales: tal es el programa del proletariado revolucionario.

NACIONALIZACION DE LOS BANCOS Y DE LOS CONSORCIOS CAPITALISTAS

15. El partido del proletariado no puede proponerse, en modo alguno, "implantar" el socialismo en un país de pequeños campesinos mientras la inmensa mayoría de la población no haya tomado conciencia de la necesidad de la revolución socialista.

Pero sólo los sofistas burgueses, que se esconden tras tópicos "casi marxistas", pueden deducir de este axioma la justificación de una política que diferiría la aplicación inmediata de medidas revolucionarias plenamente maduras desde el punto de vista práctico, *realizadas* no pocas veces, *en el transcurso de la guerra, por toda una serie de Estados burgueses* y perentoriamente necesarias para luchar contra la completa desorganización económica que nos amenaza y contra el hambre inminente.

Medidas como la nacionalización de la tierra y de todos los bancos y consorcios de los capitalistas, o, por lo menos, el establecimiento *urgente* del *control* de los mismos por los Soviets de diputados obreros, etc., que no significan en modo alguno la "implantación" del socialismo, deben ser defendidas incondicionalmente y aplicadas, dentro de lo posible, por vía revolucionaria. Sin estas medidas, que no son más que pasos hacia el socialismo, y perfectamente realizables desde el punto de vista económico, será imposible curar las

heridas causadas por la guerra e impedir la inminente bancarrota; y el partido del proletariado revolucionario jamás vacilará en atentar contra los beneficios inauditos de los capitalistas y banqueros, que se enriquecen precisamente "con la guerra" de un modo particularmente escandaloso.

LA SITUACION EN EL SENO DE LA INTERNACIONAL SOCIALISTA

16. Los deberes internacionales de la clase obrera de Rusia se sitúan precisamente ahora en primer plano y cobran un especial relieve.

Hoy, todo el mundo, a excepción de los que tienen pereza de hacerlo, jura profesar el internacionalismo; hasta los defensores chovinistas, hasta los señores Plejánov y Potréssov, hasta Kerenski, se llaman internacionalistas. Por eso, urge que el partido proletario, cumpliendo con su deber, oponga con toda claridad, con toda precisión y con toda nitidez al internacionalismo palabrero el internacionalismo efectivo.

Los llamamientos platónicos dirigidos a los obreros de todos los países; las aseveraciones vanas de fidelidad al internacionalismo; las tentativas de establecer, directa o indirectamente, un "turno" en las acciones del proletariado revolucionario de los diversos países beligerantes; los forcejeos por llegar a un "acuerdo" entre los socialistas de los países beligerantes *respecto* a la lucha revolucionaria; el ajetreo en torno a la organización de congresos socialistas *para* desarrollar una campaña en pro de la paz, etc., etc., todo eso por su significación *objetiva*, por sinceros que sean los autores de esas ideas, de esas tentativas y de esos planes, no es más que vacua palabrería, y, *en el mejor* de los casos, la expresión de deseos inocentes y piadosos, que sólo sirven para encubrir el *engaño* de que los chovinistas hacen víctimas a las masas. Los socialchovinistas *franceses*, los más avezados y más diestros en todos los trucos y mañas del fraude parlamentario, hace mucho ya que han batido el récord en punto a las frases pacifistas e internacionalistas increíblemente pomposas, que van *acompañadas* de una trai-

ción inauditamente descarada al socialismo y a la Internacional, de la participación en los ministerios que hacen la guerra imperialista, de la votación de créditos *o de empréstitos* (como lo han hecho en Rusia, últimamente, Chjeídze, Skóbeliev, Tsereteli y Steklov), de la resistencia a la lucha revolucionaria dentro de su *propio país*, etc., etc.

Las gentes bondadosas olvidan con frecuencia la dura y cruel realidad de la guerra imperialista mundial. Y esta realidad no admite frases, se burla de todos los deseos candorosos y melifluos.

Sólo hay un internacionalismo efectivo, que consiste en entregarse por completo al desarrollo del movimiento revolucionario y de la lucha revolucionaria *dentro de su propio país*, en apoyar (por medio de la propaganda, con la ayuda moral y material) *esta lucha*, esta línea de conducta, y *sólo ésta* en todos los países sin excepción.

Todo lo demás es engaño y manilovismo ¹³⁶.

El movimiento socialista y obrero internacional ha originado durante más de dos años de guerra, en todos los países, tres corrientes de opinión; y quien abandone el terreno *real* del reconocimiento y del análisis de estas tres corrientes y de la lucha consecuente por la tendencia verdaderamente internacionalista, se condenará a sí mismo a la impotencia, a la incapacidad y a las equivocaciones.

Estas corrientes son:

1) Los socialchovinistas, es decir, los socialistas de palabra y chovinistas de hecho son los que admiten la "defensa de la patria" en la guerra imperialista (y, sobre todo, en la guerra imperialista actual).

Estos elementos son nuestros enemigos de *clase*. Se han pasado al campo de la burguesía.

En este grupo figura la mayoría de los líderes oficiales de la socialdemocracia oficial de *todos* los países. Los señores Plejánov y Cía. en Rusia, los Scheidemann en Alemania, Renaudel, Guesde y Sembat en Francia, Bissolati y Cía. en Italia, Hyndman, los fabianos y los dirigentes laboristas en Inglaterra, Branting y Cía. en Suecia, Troelstra y su partido en Holanda, Stauning y su partido en Dinamarca, Víctor Berger y otros "defensores de la patria" en los Estados Unidos, etc.

2) La segunda corriente —el llamado “centro”— está formada por los que oscilan entre los socialchovinistas y los internacionalistas verdaderos.

Todos los “centristas” juran y perjuran que ellos son marxistas, internacionalistas, partidarios de la paz, que están dispuestos a “presionar” por todos los medios a los gobiernos, dispuestos a “exigir” de mil maneras a su propio gobierno que “consulte al pueblo para que éste exprese su voluntad de paz”, propicios a mantener toda suerte de campañas a favor de la paz, de una paz sin anexiones, etc., etc., *y propicios también a sellar la paz con los socialchovinistas*. El “centro” quiere la “unidad”; el centro es enemigo de la escisión.

El “centro” es el reino de las bondadosas frases pequeño-burguesas, del internacionalismo de palabra, del oportunismo pusilánime y de la complacencia servil ante los socialchovinistas de hecho.

El quid de la cuestión reside en que el “centro” no está convencido de la necesidad de una revolución contra sus propios gobiernos, no propaga esa necesidad, no sostiene una lucha revolucionaria abnegada, sino que encuentra siempre los más vulgares *subterfugios* —de una magnífica sonoridad archi“marxista”— para no hacerla.

Los socialchovinistas son nuestros *enemigos de clase*, son *burgueses* dentro del movimiento obrero. Representan a una capa, a los grupos y sectores de la clase obrera objetivamente sobornados por la burguesía (mejores salarios, cargos honoríficos, etc.) y que ayudan a la burguesía *de su propio país* a saquear y estrangular a los pueblos pequeños y débiles y a luchar *por* el reparto del botín capitalista.

El “centro” lo forman los elementos rutinarios, corroidos por la podrida legalidad, corrompidos por la atmósfera de parlamentarismo, etc. Son funcionarios acostumbrados a los puestecitos confortables y al trabajo “tranquilo”. Considerados histórica y económicamente, no representan ninguna capa social *específica*, no pueden valorarse más que como un *fenómeno de transición* del período ya superado, del movimiento obrero de 1871 a 1914 —período que ha dado no pocas cosas de valor, sobre todo en el arte imprescindible para el proletariado de la labor lenta, consecuyente y sistemática de organización sobre bases cada vez más amplias— a un

nuevo *período objetivamente* necesario desde que estalló la primera guerra imperialista mundial, que abrió la *era de la revolución social*.

El jefe y representante más destacado del "centro" es Carlos Kautsky, primera autoridad de la II Internacional (1889-1914), caso típico de la más completa bancarrota del marxismo y un ejemplo de inaudito apocamiento, de las más miserables vacilaciones y traiciones desde agosto de 1914. La tendencia "centro" está representada por Kautsky, Haase, Ledebour, la llamada "Liga Obrera o del Trabajo" ¹³⁷ en el Reichstag; en Francia son Longuet, Pressemanne y los llamados "minoritarios" ¹³⁸ (mencheviques) en general; en Inglaterra, Felipe Snowden, Ramsay MacDonald y muchos otros líderes del Partido Laborista Independiente ¹³⁹ y algunos del Partido Socialista Británico ¹⁴⁰; en los Estados Unidos, Mauricio Hillquit y muchos otros; en Italia, Turati, Treves, Modigliani, etc.; en Suiza, Roberto Grimm y otros; en Austria, Víctor Adler y Cía.; en Rusia, el partido del Comité de Organización, Axelrod, Mártoy, Chjeídze, Tsereteli, etc., etc.

Es natural que haya personas que, sin advertirlo ellas mismas, se pasen de la posición del socialchovinismo a la del "centro" y viceversa. Todo marxista sabe que las clases se mantienen deslindadas unas de otras, aunque las personas cambien libremente de clase; lo mismo ocurre con las *tendencias* en la vida política, que no se confunden por que una o varias personas se pasen libremente de un campo a otro, ni a pesar de los esfuerzos y tentativas que se hacen por *fundir* esas tendencias.

3) La tercera corriente es la que representan los internacionalistas de hecho, cuya expresión más fiel la constituye la "izquierda de Zimmerwald"¹⁴¹. (En el apéndice insertamos su manifiesto de septiembre de 1915, para que el lector pueda conocer de primera mano el origen de esta tendencia.)

Su principal rasgo distintivo es: la ruptura completa con el socialchovinismo y con el "centro", la abnegada lucha revolucionaria contra el gobierno imperialista *propio* y contra la burguesía imperialista *propia*. Su principio es: "el enemigo principal está dentro del país propio". Lucha sin cuartel contra las melifluas frases socialpacifistas (el

socialpacifista es socialista de palabra y pacifista burgués de hecho; los pacifistas burgueses sueñan con la paz perpetua *sin* derrocar el yugo ni el dominio del capital) y contra todos los *subterfugios* con que se pretende negar la posibilidad, la oportunidad o la conveniencia de la lucha revolucionaria del proletariado y de la revolución proletaria, socialista, *en relación* con la guerra actual.

Los representantes más destacados de esta tendencia son: en Alemania, el Grupo Espartaco o Grupo de la Internacional del que forma parte Carlos Liebknecht, el representante más famoso de esta corriente y de la *nueva* y verdadera Internacional proletaria.

Carlos Liebknecht ha hecho un llamamiento a los obreros y soldados de Alemania, invitándoles a *volver las armas* contra *su propio* gobierno. Y lanzó este llamamiento abiertamente, desde la tribuna del Parlamento (Reichstag). Luego, llevando consigo proclamas impresas clandestinamente, se encaminó a la plaza de Potsdam, una de las mayores de Berlín, para participar en una manifestación bajo la consigna de "¡Abajo el gobierno!" Fue detenido y condenado a *presidio*, donde está actualmente recluido, como *cientos* o quizá miles de *verdaderos* socialistas alemanes encarcelados por luchar contra la guerra.

Carlos Liebknecht luchó implacablemente en sus discursos y en sus cartas no sólo contra los Plejánov y los Potrésov de *su propio país* (los Scheidemann, Legien, David y Cía.), sino también contra los "centristas" alemanes, contra los Chjeídze y los Tsereteli de puertas adentro (Kautsky, Haase, Ledebour y Cía.).

Carlos Liebknecht y su amigo Otto Rühle fueron, entre los 110 diputados, los únicos que rompieron la disciplina, echaron por tierra la "unidad" con el "centro" y con los chovinistas y *se enfrentaron a todos*. Liebknecht es *el único* que representa el socialismo, la causa del proletariado, la revolución proletaria. *Todo* el resto de la socialdemocracia alemana no es más, para decirlo con la frase feliz de Rosa Luxemburgo (afiliada también y dirigente del Grupo Espartaco), que un *cadáver maloliente*.

Otro grupo de internacionalistas de hecho es el que se ha formado en Alemania en torno al periódico de Bremen *Política Obrera*.

En Francia, los elementos más afines a los internacionalistas de hecho son: Loriot y sus amigos (Bourderon y Merrheim se han pasado al socialpacifismo) y el francés Enrique Guilbeaux, que publica en Ginebra la revista *Demain* ¹⁴²; en Inglaterra, el periódico *The Trade-Unionist* ¹⁴³ y una parte de los miembros del Partido Socialista Británico y del Partido Laborista Independiente (por ejemplo, Williams Russell, que ha proclamado abiertamente la necesidad de romper con los jefes *traidores* al socialismo); el maestro de escuela y socialista escocés *Maclean*, condenado a *presidio* por el gobierno burgués de Inglaterra, por haber luchado revolucionariamente contra la guerra, como cientos de socialistas ingleses que expían en las cárceles delitos del mismo género. Ellos, sólo ellos, son internacionalistas *de hecho*; en los Estados Unidos, el Partido Socialista Obrero ¹⁴⁴ y los elementos del oportunista Partido Socialista ¹⁴⁵ que publican desde enero de 1917 el periódico *The Internationalist* ¹⁴⁶; en Holanda, el partido de los "tribunistas" ¹⁴⁷, que publican el periódico *De Tribune* (Pannekoek, Hermann Gorter, Wijnkoop, Henrietta Roland-Holst, que en Zimmerwald figuraba en el centro, pero que ahora se ha pasado a nuestro campo); en Suecia, el partido de los jóvenes o de los izquierdistas ¹⁴⁸, acaudillado por hombres como Lindhagen, Ture Nerman, Carleson, Ström y Z. Höglund, que en Zimmerwald intervino personalmente en la fundación de la "izquierda zimmerwaldiana" y se halla hoy en la cárcel por luchar revolucionariamente contra la guerra; en Dinamarca, Trier y sus amigos, que han abandonado el Partido "Socialdemócrata" Dinamarqués, completamente *aburguesado* y presidido por el *ministro* Stauning; en Bulgaria, los "tesniakí" ¹⁴⁹; en Italia, los más cercanos son Constantino Lazzari, secretario del partido, y Serrati, redactor de *Avanti!* ¹⁵⁰, su órgano central; en Polonia, Rádek, Hanecki y otros dirigentes de la socialdemocracia unificada en la "Dirección Territorial"; Rosa Luxemburgo, Tyszka y otros líderes de la socialdemocracia unificada en la "Dirección Central" ¹⁵¹; en Suiza, los izquierdistas que, en enero de 1917, redactaron la fundamentación de un "referéndum" para luchar contra los socialchovinistas y contra el "centro" de *su propio* país y que en el Congreso socialista del cantón de Zurich, celebrado en Töss el 11 de febrero de

1917, presentaron una resolución verdaderamente revolucionaria contra la guerra; en Austria, los jóvenes amigos de izquierda de Federico Adler, que tenían, en parte, su centro de acción en el club vienés *Carlos Marx*, clausurado ahora por el gobierno austríaco, reaccionario hasta la médula, que se ensaña con Federico Adler por su atentado heroico, aunque mal pensado, contra uno de los ministros, etc., etc.

No importan los matices, que se dan también entre los izquierdistas. Lo esencial es la *corriente* misma. El nervio de la cuestión está en que, en estos tiempos de espantosa guerra imperialista, no es fácil ser internacionalista de hecho. Estos elementos no abundan, pero *sólo* ellos representan el porvenir del socialismo, *sólo* ellos son los *jefes de las masas* y no sus corruptores.

Era objetivamente forzoso que la guerra imperialista hiciese cambiar de aspecto las diferencias establecidas entre los reformistas y los revolucionarios en el seno de la socialdemocracia y de los socialistas en general. Todo el que se contenta con "exigir" de los gobiernos burgueses que concierten la paz o que "manifiesten la voluntad de paz de los pueblos", etc., se desliza *en realidad* al campo de las reformas. *Porque*, objetivamente considerado, *el problema de la guerra sólo se plantea de modo revolucionario*.

Para acabar con la guerra, para conseguir una paz democrática y no una paz impuesta por la violencia, para liberar a los pueblos del tributo esclavizador que suponen los intereses de *miles de millones* pagados a los señores capitalistas enriquecidos en la "guerra", no hay más salida que la revolución del proletariado.

Se puede y se debe exigir a los gobiernos burgueses las más diversas reformas; lo que no se puede, sin caer en el espejismo, en el reformismo, es pedir a estas gentes y a estas clases envueltas una y mil veces en la red del capital imperialista que *desgarren* esa red; y si esa red no se desgarrara, cuanto pueda predicarse sobre la guerra contra la guerra no serán más que frases vacuas y engañosas.

Los "kautskianos", el "centro", son revolucionarios de palabra y reformistas de hecho; internacionalistas de palabra, pero, de hecho, auxiliares del socialchovinismo.

**BANCARROTA
DE LA INTERNACIONAL ZIMMERWALDIANA.
NECESIDAD DE FUNDAR
LA TERCERA INTERNACIONAL**

17. La Internacional Zimmerwaldiana adoptó desde el primer momento una actitud vacilante, "kautskiana", "centrista", lo que obligó a la *izquierda de Zimmerwald* a separarse inmediatamente, a independizarse y lanzar un manifiesto *propio* (manifiesto publicado en Suiza en ruso, alemán y francés).

El principal defecto de la Internacional Zimmerwaldiana —causa de su *bancarrota* (pues está ya en bancarrota, tanto en el terreno ideológico como en el político)— son sus vacilaciones, su indecisión en el problema más importante de todos y el que prácticamente *condiciona todos los demás*: el problema de la completa ruptura con el socialchovinismo y con la vieja Internacional socialchovinista, acaudillada en La Haya (Holanda) por Vandervelde, Huysmans y algunos más.

En nuestro país se ignora todavía que la mayoría de Zimmerwald está formada *precisamente por kautskianos*. Y éste es un hecho fundamental, que es necesario tener en cuenta y que ya es generalmente conocido en los países de Europa Occidental. Hasta el chovinista, el ultrachovinista alemán Heilmann, director de la archichovinista *Gaceta de Chemnitz* y colaborador de la también archichovinista *La Campana* ¹⁵² de Parvus, hasta ese Heilmann (que es también, naturalmente, "socialdemócrata" y celoso defensor de la "unidad" en el seno de la socialdemocracia) hubo de reconocer en la prensa que el centro, o sea, los "kautskianos", y *la mayoría zimmerwaldiana* son una y la misma cosa.

A fines de 1916 y a principios de 1917 se confirmó definitivamente este hecho. Aunque en el Manifiesto de Kienthal ¹⁵³ se condena el socialpacifismo, *toda* la derecha zimmerwaldiana, *toda* la mayoría zimmerwaldiana, se ha deslizado al campo socialpacifista: Kautsky y Cía. en una serie de manifestaciones hechas en enero y febrero de 1917; Bourderon y Merrheim, en Francia, al votar *en unanimidad* con los socialchovinistas a favor de las resoluciones pacifistas del

Partido Socialista (diciembre de 1916) ¹⁵⁴ y de la Confederación General del Trabajo (organización nacional de los sindicatos franceses, también en diciembre de 1916); Turati y Cía., en Italia, donde todo el partido adoptó una actitud socialpacifista, y el propio Turati (y no por casualidad, naturalmente), cometió el “desliz”, en su discurso del 17 de diciembre de 1916, al pronunciar una retahíla de frases *nacionalistas* que embellecían la guerra imperialista.

El presidente de las conferencias de Zimmerwald y Kienthal, Roberto Grimm, estableció, en enero de 1917, una alianza con los socialchovinistas de *su propio* partido (Greulich, Pflüger, Gustavo Müller y otros) *contra* los internacionalistas efectivos.

En dos reuniones de *zimmerwaldianos* de distintos países, celebradas en enero y febrero de 1917, esa ambigüedad e hipocresía de la mayoría zimmerwaldiana fue estigmatizada formalmente por los internacionalistas de izquierda de varios países: por Münzenberg, secretario de la Organización Internacional de la Juventud y director del magnífico periódico internacionalista titulado *La Internacional de la Juventud* ¹⁵⁵; Zinóviev, representante del Comité Central de nuestro partido; K. Rádek, por el Partido Socialdemócrata Polaco (“Dirección Territorial”), y Hartstein, socialdemócrata alemán, afiliado al Grupo Espartaco.

Al proletariado ruso le ha sido dado mucho; en parte alguna del mundo ha habido una clase obrera que haya conseguido desplegar una energía revolucionaria comparable a la que despliega la clase obrera de Rusia. Pero a quien mucho se le ha dado, mucho se le exige.

No puede tolerarse por más tiempo la charca zimmerwaldiana. No podemos permitir que por culpa de los “kautskianos” de Zimmerwald sigamos aliados a medias con la Internacional chovinista de los Plejánov y los Scheidemann. Hay que romper inmediatamente con esta Internacional, permaneciendo en Zimmerwald *sólo* con fines de información.

Estamos obligados, nosotros precisamente, y ahora mismo, sin pérdida de tiempo, a fundar una *nueva* Internacional revolucionaria, proletaria; mejor dicho, debemos reconocer sin temor, abiertamente, que esa Internacional *ya ha sido fundada* y actúa.

Esa Internacional es la que forman los “internacionalistas de hecho” que he enumerado minuciosamente más arriba. Ellos, y sólo ellos, son los representantes de las masas revolucionarias internacionalistas y no sus corruptores.

Si son pocos *esos* socialistas, que los obreros rusos se pregunten si había en Rusia muchos revolucionarios conscientes *en vísperas* de la revolución de febrero-marzo de 1917.

Lo importante no es el número, sino que expresen de un modo justo las ideas y la política del proletariado verdaderamente revolucionario. Lo esencial no es que “proclamen” el internacionalismo, sino que sepan ser, incluso en los momentos más difíciles, internacionalistas de hecho.

No nos hagamos ninguna ilusión en cuanto a los acuerdos y los congresos internacionales. Mientras dure la guerra imperialista, pesará sobre las relaciones internacionales el puño férreo de la dictadura militar imperialista burguesa. Si hasta el “republicano” Miliukov, que se ve obligado a tolerar junto al suyo al gobierno del Soviet de diputados obreros, *deniega* en abril de 1917 el permiso para entrar en Rusia al socialista suizo *Fritz Platten*, secretario del partido, internacionalista y delegado a las conferencias de Zimmerwald y Kienthal —y se lo deniega a pesar de estar casado con una rusa, cuya familia venía a visitar, y a pesar de haber tomado parte en Riga en la revolución de 1905, viéndose por ello recluido en una cárcel rusa y habiendo tenido que entregar una fianza al gobierno zarista para conseguir su libertad, fianza que ahora pretendía recuperar—; si hasta el “republicano” Miliukov ha podido *hacer* eso en Rusia en abril de 1917, júzguese qué valor tendrán las promesas y seguridades, todas esas frases y declaraciones de la burguesía acerca de la paz sin anexiones, etc., etc.

¿Y la detención de Trotski por el gobierno inglés? ¿Y la retención de Mártoov en Suiza y las esperanzas de atraerle con engaños a Inglaterra, donde le espera la suerte de Trotski?

No nos hagamos ilusiones. Nada de engañarnos a nosotros mismos.

“Esperar” congresos y conferencias internacionales sería *traicionar* al internacionalismo, estando probado, como lo está, que incluso de Estocolmo no dejan salir para Rusia a

ningún socialista de cuantos se han mantenido fieles al internacionalismo, *ni siquiera sus cartas*, a pesar de todas las posibilidades y de toda la ferocidad de la censura militar.

No “esperar”, sino proceder inmediatamente a *fundar* la III Internacional: tal es la misión de nuestro partido. Cientos de socialistas, reclusos en cárceles alemanas e inglesas, respirarán con alivio; miles y miles de obreros alemanes que hoy se lanzan a la huelga y organizan manifestaciones con gran horror de Guillermo II, ese canalla y bandolero, se enterarán por las proclamas *clandestinas* de nuestra decisión, de nuestra confianza fraternal en Carlos Liebknecht y sólo en él, de *nuestra* resolución de luchar también *ahora* contra el “defensismo revolucionario”. Y esto reforzará en ellos el espíritu del internacionalismo revolucionario.

A quien mucho se le ha dado, mucho se le exige. No hay en el mundo país en que reine, *actualmente*, la libertad que reina en Rusia. Aprovechemos esta libertad no para predicar el apoyo a la burguesía o al “defensismo revolucionario” burgués, sino para dar un paso valiente y honrado, proletario, digno de Liebknecht, *fundando la III Internacional*, una Internacional que se alce resueltamente y de un modo irreconciliable, no sólo contra los traidores, contra los socialchovinistas, sino también contra los personajes vacilantes del “centro”.

18. Después de lo que antecede, creo innecesario gastar muchas palabras para demostrar que no puede ni hablarse de una unificación de los socialdemócratas de Rusia.

Antes quedarnos solos, como Liebknecht —y *quedarse solos así significa quedarse con el proletariado revolucionario*—, que abrigar, aunque sólo sea un minuto, la idea de una unión con el partido del Comité de Organización, con Chjeídze y Tsereteli, los cuales toleran un bloque con Potréssov en la *Rabóchaya Gazeta*, votan en el Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros a favor del empréstito ¹⁵⁶ y han rodado al terreno del “defensismo”.

¡Dejad que los muertos entierren a sus muertos!

Quien quiera *ayudar* a los vacilantes, debe comenzar por dejar de serlo él mismo.

**¿COMO DEBE DENOMINARSE NUESTRO PARTIDO
PARA QUE SU NOMBRE, ADEMAS
DE SER CIENTIFICAMENTE EXACTO,
CONTRIBUYA POLITICAMENTE A ESCLARECER
LA CONCIENCIA DEL PROLETARIADO?**

19. Paso al punto final: al nombre que debe ostentar nuestro partido. Debemos llamarnos *Partido Comunista*, como se llamaban Marx y Engels.

Debemos repetir que somos marxistas y que nos basamos en el *Manifiesto Comunista*, desfigurado y traicionado por la socialdemocracia en dos puntos sustanciales: 1. Los obreros no tienen patria: la "defensa de la patria" en la guerra imperialista es una traición al socialismo. 2. La teoría marxista del Estado ha sido desnaturalizada por la II Internacional.

El nombre de "socialdemocracia" es *científicamente* inexacto, como demostró Marx reiteradas veces, entre otras obras, en *Crítica del Programa de Gotha* en 1875, y como repitió Engels; en un lenguaje más popular, en 1894¹⁵⁷. La humanidad sólo puede pasar del capitalismo directamente al socialismo, es decir, a la propiedad común de los medios de producción y a la distribución de los productos según el trabajo de cada cual. Nuestro partido va más allá: afirma que el socialismo deberá transformarse inevitablemente y de modo gradual en comunismo, en cuya bandera campea este lema: "De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades".

He ahí mi primer argumento.

Segundo argumento: la segunda parte de la denominación de nuestro partido (*socialdemócrata*) tampoco es exacta desde el punto de vista científico. La democracia es una de las formas del *Estado*, y nosotros, los marxistas, somos enemigos de *todo* Estado.

Los líderes de la II Internacional (1889—1914), los señores Plejánov, Kautsky y consortes han envilecido y desnaturalizado el marxismo.

El marxismo se distingue del anarquismo en que reconoce la *necesidad del Estado* para el paso al socialismo, pero —y esto lo distingue de Kautsky y Cía.— *no de un Estado* al modo de la república democrática parlamentaria

burguesa corriente, sino de un Estado como la Comuna de París de 1871, como los Soviets de diputados obreros de 1905 y 1917.

Mi tercer argumento es éste: la *realidad*, la revolución, ha creado *ya prácticamente* en nuestro país, aunque en forma débil y embrionaria, ese nuevo "Estado", que no es un Estado en el sentido estricto de la palabra.

Esto es *ya* un problema práctico de las masas y no sólo una teoría de los líderes.

El Estado, en el sentido estricto de la palabra, es un poder de mando sobre las masas ejercido por destacamentos de hombres armados separados del pueblo.

Nuestro nuevo Estado *naciente* es también un Estado, pues necesitamos de destacamentos de hombres armados, necesitamos del orden *más severo*, necesitamos recurrir a la violencia para reprimir *despiadadamente* todos los intentos de la contrarrevolución, ya sea zarista o burguesa, a la manera de Guchkov.

Pero nuestro nuevo Estado *naciente no es ya* un Estado en el sentido estricto de la palabra, pues en muchas regiones de Rusia los destacamentos armados están integrados por *la propia masa*, por todo el pueblo, y no por alguien entronizado sobre él, aislado de él, dotado de privilegios y prácticamente inamovible.

Hay que mirar hacia adelante y no hacia atrás, no hacia la democracia de tipo burgués habitual, que afianzaba la dominación de la burguesía con ayuda de los viejos, *monárquicos*, órganos de administración, policía, ejército y burocracia.

Hay que mirar hacia adelante, hacia la nueva democracia naciente, que va dejando ya de ser una democracia, pues democracia significa dominación del pueblo, y el propio pueblo armado no puede dominar sobre sí mismo.

La palabra "democracia", aplicada al Partido Comunista, no es sólo científicamente inexacta. Después de marzo de 1917, es una *anteojera* puesta al pueblo revolucionario que le *impide* emprender con libertad, intrepidez y sin previa autorización la edificación de lo nuevo: los Soviets de diputados obreros, campesinos, etc., etc., como *único poder* dentro del "Estado", como precursor de la "extinción" de *todo* Estado.

Mi cuarto argumento consiste en que hay que tener en cuenta la situación objetiva del socialismo en el mundo entero.

Esta situación no es ya la misma que en la época de 1871 a 1914 en la que Marx y Engels se resignaron a admitir conscientemente el término inexacto y oportunista de "socialdemocracia". Porque *entonces*, después de derrotada la Comuna de París, la historia había puesto a la orden del día una labor lenta de organización y educación. No había otra. Los anarquistas no sólo no tenían ninguna razón teóricamente (y siguen sin tenerla), sino tampoco desde el punto de vista económico y político. Apreciaban erróneamente el momento, sin comprender la situación internacional: el obrero inglés corrompido por las ganancias imperialistas, la Comuna de París aplastada, el movimiento nacional-burgués que acababa de triunfar (1871) en Alemania, la Rusia semifeudal sumida en un letargo secular.

Marx y Engels tuvieron en cuenta certeramente el momento, comprendieron la situación internacional y las tareas de la aproximación *lenta* hacia el comienzo de la revolución social.

Sepamos también nosotros comprender las tareas y peculiaridades de la nueva época. No imitemos a aquellos malhadados marxistas de quienes decía Marx: "He sembrado dragones y he cosechado pulgas" ¹⁵⁸.

La necesidad objetiva del capitalismo, que al crecer se ha convertido en imperialismo, ha engendrado la guerra imperialista. Esta guerra ha llevado a toda la humanidad al *borde del abismo*, de la ruina de toda la cultura, al embrutecimiento y a la muerte de millones, de un sinnúmero de millones de hombres.

No hay más salida que la revolución del proletariado.

Y en un momento así, en que esta revolución comienza, en que da sus primeros pasos, tímidos, inseguros, inconscientes, demasiado confiados en la burguesía; en un momento así, la mayoría (y esto es verdad, es un hecho) de los líderes "socialdemócratas", de los parlamentarios "socialdemócratas", de los periódicos "socialdemócratas" —y son precisamente *órganos* de influencia sobre las masas—, *traiciona* al socialismo, *vende* al socialismo y deserta al campo de de "su" burguesía nacional.

Esos líderes han confundido a las masas, las han desorientado y engañado.

¡Y se pretende que nosotros fomentemos ahora ese engaño, que lo facilitemos, aferrándonos a esa vieja y caduca denominación, tan podrida ya como la II Internacional!

No importa que “muchos” obreros *interpreten* honradamente el nombre de socialdemocracia. Pero es hora ya de aprender a distinguir lo subjetivo de lo objetivo.

Subjetivamente, esos obreros socialdemócratas son guías fidelísimos de las masas proletarias.

Pero la situación objetiva internacional es tal que la vieja denominación de nuestro partido *facilita* el engaño de las masas, *frena* el avance, pues a cada paso, en cada periódico, en cada grupo parlamentario, la masa ve a los *líderes*, es decir, a hombres cuyas palabras tienen más resonancia y cuyos hechos se ven desde más lejos, y observa que todos ellos son “también-socialdemócratas”, que todos ellos abogan “por la unidad” con los traidores al socialismo, con los socialchovinistas, que todos ellos presentan al cobro las viejas letras firmadas por la “socialdemocracia”...

¿Cuáles son los argumentos en contra? “...Se nos confundirá con los anarcocomunistas...”

¿Y por qué no tememos que se nos confunda con los social-nacionales y social-liberales, con los radicales socialistas, con ese partido burgués, el más avanzado y más hábil en el engaño burgués de las masas en la República Francesa? “... Las masas se han habituado, los obreros “se han encariñado” con *su* Partido Socialdemócrata...”

Es el único argumento que se invoca; pero es un argumento que rechaza la ciencia marxista, las tareas de mañana en la revolución, la situación objetiva del socialismo mundial, la bancarrota ignominiosa de la II Internacional y el perjuicio que causan a la labor práctica los enjambres de elementos, “también-socialdemócratas”, que rondan en torno al proletariado.

Es un argumento de rutina, de aletargamiento, de inercia.

Pero nosotros queremos transformar el mundo. Queremos poner término a la guerra imperialista mundial, en la que se ven envueltos centenares de millones de hombres, en la que están mezclados los intereses de muchos cientos de miles de millones de capital y a la que no se podrá poner fin

con una paz verdaderamente democrática sin la más grandiosa revolución proletaria que haya conocido la historia de la humanidad.

Tenemos miedo de nosotros mismos. No nos decidimos a quitarnos la camisa sucia a que estamos "habituados" y a la que hemos tomado "apego"...

Mas ha llegado la hora de quitarse la camisa sucia, ha llegado la hora de ponerse ropa limpia.

Petrogrado, 10 de abril de 1917.

EPILOGO

Mi folleto ha envejecido a consecuencia del desbarajuste económico y de la incapacidad de las imprentas de San Petersburgo. Fue escrito el 10 de abril de 1917, hoy estamos ya a 28 de mayo, ¡y aún no ha salido!

Escribí este folleto como *proyecto* de plataforma para propagar mis puntos de vista *antes* de la Conferencia de toda Rusia de nuestro partido, el Partido Obrero Socialdemócrata (bolchevique) de Rusia. Copiado a máquina y distribuido en varios ejemplares entre los afiliados al partido antes de la conferencia y durante ella, el folleto ha cumplido, pese a todo, una parte de su cometido. Pero ahora, la conferencia se ha celebrado ya ¹⁵⁹ — del 24 al 29 de abril de 1917—, sus resoluciones han sido publicadas hace tiempo (véase el anexo al núm. 13 de *Soldátskaya Pravda* ¹⁶⁰), y el lector atento notará con facilidad que mi folleto es, en muchos casos, el anteproyecto de estas resoluciones.

Réstame expresar la esperanza de que, a pesar de todo, el folleto reportará algún beneficio en relación con estas resoluciones, con su explicación y después detenerme en dos puntos.

En la página 27 propongo que continuemos en Zimmerwald sólo con fines de información *. La conferencia no ha estado de acuerdo conmigo en este punto y he tenido que votar contra la resolución sobre la Internacional. Ya ahora se ve claramente que la conferencia ha cometido un error y

* Véase el presente volumen, pág. 306. (*N. de la Edit.*)

que el curso de los acontecimientos lo enmendará rápidamente. Continuando en Zimmerwald, participamos (aunque sea contra nuestra voluntad) en el aplazamiento de la creación de la III Internacional; frenamos indirectamente su constitución, trabados por el peso muerto de la Internacional de Zimmerwald, muerta ya en el aspecto ideológico y político.

La situación de nuestro partido ante todos los partidos obreros del mundo entero es hoy tal que *tenemos el deber de fundar* inmediatamente la III Internacional. Fuera de nosotros, nadie podrá hacerlo *ahora* y las dilaciones son perjudiciales. Continuando en Zimmerwald sólo con fines de información, habríamos tenido en el acto las manos libres para fundar la nueva Internacional (pudiendo, al mismo tiempo, *utilizar* Zimmerwald, si las circunstancias lo hicieran posible).

Ahora, en cambio, a causa del error cometido por la conferencia, nos vemos obligados a esperar pasivamente hasta el 5 de julio de 1917, por lo menos (fecha de la convocatoria de la Conferencia de Zimmerwald, ¡eso si no la aplazan *de nuevo!*, pues ya lo ha sido una vez...) ¹⁶¹.

Pero el acuerdo adoptado unánimemente por el Comité Central de nuestro partido después de la conferencia y publicado en el núm. 55 de *Pravda*, correspondiente al 12 de mayo, ha corregido a medias el error, al decidir que nos iremos de la Internacional de Zimmerwald si ésta va a conferenciar con los ministros. Me permito expresar la esperanza de que la otra mitad del error será subsanada en cuanto convoquemos la primera conferencia internacional de "los de izquierda" (la "tercera corriente", los "internacionalistas de hecho"; véase más arriba, págs. 23—25 *).

El segundo punto en que debo detenerme es la formación del "ministerio de coalición" el 6 de mayo de 1917 ¹⁶². Parece que el folleto ha envejecido sobre todo en este punto.

En realidad, precisamente en este punto no ha envejecido en absoluto. El folleto lo basa *todo* en el análisis *de clase*, que temen como al fuego los mencheviques y los populistas, los cuales han dado seis ministros en rehenes a los diez ministros capitalistas. Precisamente porque mi folleto lo basa

* Véase el presente volumen, págs. 301-304. (N. de la Edit.)

todo en el análisis de clase, no ha envejecido, pues la entrada de Tsereteli, Chernov y Cía. en el ministerio sólo ha modificado, en grado *insignificante*, la *forma* del acuerdo del Soviet de Petrogrado con el gobierno de los capitalistas, y yo subrayé intencionadamente en la página 8 del folleto que “no me refiero tanto al acuerdo formal como al apoyo efectivo” *.

Cada día está más claro que Tsereteli, Chernov y Cía. son meros rehenes de los capitalistas y que el gobierno “renovado” no quiere ni puede cumplir absolutamente ninguna de sus pomposas promesas ni en la política exterior ni en la interior. Chernov, Tsereteli y Cía. se han suicidado políticamente, han resultado ser ayudantes de los capitalistas, que en la práctica estrangulan la revolución. Kerenski ha llegado al extremo de emplear la violencia contra las masas (cfr. la página 9 del folleto: “por el momento, Guchkov sólo amenaza con emplear la violencia contra las masas” **, mientras que Kerenski *ha tenido* que cumplir estas amenazas...) ¹⁶³. Chernov, Tsereteli y Cía. se han suicidado políticamente y han dado muerte política a sus partidos, el menchevique y el socialista-revolucionario. El pueblo verá todo eso con mayor claridad cada día.

El ministerio de coalición no es más que un momento de transición en el desarrollo de las fundamentales contradicciones de clase de nuestra revolución, brevemente analizadas en mi folleto. Las cosas no pueden seguir así mucho tiempo. O hacia atrás, hacia la contrarrevolución en toda la línea, o hacia adelante, hacia el paso del poder a manos de otras clases. En tiempos de revolución, en plena guerra imperialista mundial, es imposible permanecer inmóvil.

N. Lenin

San Petersburgo, 28 de mayo de 1917.

*Escrito el 10 (23) de abril de 1917.
El epílogo fue escrito el 28 de mayo
(10 de junio) de 1917.*

T. 31, págs. 149-186.

*Publicado en septiembre de 1917 en
un folleto, en Petrogrado, por la
Editorial “Pribói”.*

* Vease el presente volumen, pág. 285. (*N. de la Edit.*)

** *Ibídem*, pág. 286. (*N. de la Edit.*)